Boualem Sansal

La Leyenda

Reflexiones libres de un preso que molesta

Alianza editorial

Título original: *La Légende: Libres méditations d'un prisonnier encombrant*

Primera edición: agosto de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2026.
© de la traducción, Alianza Editorial, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-337-2
Depósito Legal: M-15541-2026
Printed in Spain

A Naziha, mi mujer.
Tuvo que llevar mis pesares y los suyos.
Mi amor por ella nunca podrá igualar el suyo por mí.

ADVERTENCIA

Este libro es un testimonio y un acto.

Lo escribí en cuarenta días, con urgencia, con la herida aún abierta. Cuenta mi encarcelamiento, pero no se limita únicamente a eso. Mi detención no solo afectó a un hombre: hirió a Argelia, a Francia y, aún más, a la propia idea de libertad y de dignidad humana.

He querido nombrar los hechos, los mecanismos, las responsabilidades. No por venganza, aunque tenga derecho a ello, sino porque una nación que ya no sabe nombrar el mal se arriesga a padecerlo. Este libro también aspira a ser didáctico: nos recuerda qué es una justicia a las órdenes del poder, un poder sin contrapeso, qué es el miedo cuando se instala en la lengua.

Es, en definitiva, un libro de combate.

Pienso en los miles de presos injustamente detenidos, condenados y luego olvidados, en Argelia y en otros lugares. Deben saber que la suerte que corrieron no es ni invisible, tiene nombre. Los verdugos prosperan en el anonimato; la luz empieza por señalarlos.

Estas páginas no suavizan nada. Lo que pretenden es aportar claridad.

PREÁMBULO
En el país de los milagros

Muchas veces me han dicho que tuve suerte. Que habría podido ser peor. Que debía ver el lado bueno de las cosas. Que, a pesar de todo, había salido bien parado.

Y nunca he sabido qué responder. ¿Con quién, con qué podía compararme? ¿Con alguien más desafortunado? ¿Más afortunado? ¿Quién sabe, además, lo que le espera? Todos nosotros, como buenos cobardes, preferimos no saber ni el día ni la hora de nuestra muerte. Eso viene a decir hasta qué punto la verdad nos da miedo y el silencio de la mentira nos resulta cómodo.

En esa tierra de luz, Argelia, todo se presenta siempre como un milagro permanente. Lo peor se hace soportable; lo inaceptable, explicable; lo absurdo,

razonable. Te quitan una libertad y te explican que es por tu bien. Te privan de un derecho y te aseguran que es para protegerte. Te encierran y te hablan de necesidad. Y poco a poco, sin que ni siquiera te des cuenta, empiezas a dudar de ti mismo. ¿De verdad es injusto? ¿De verdad es tan grave? ¿No hay cosas peores en otra parte? El lenguaje se deforma. Las palabras se escurren. Las evidencias se desdibujan. Lo que debería indignar acaba cansando. Lo que debería alertar termina por desvanecerse.

Así es como funciona Argelia, «el país de los milagros», como la han llamado, cada uno a su manera, todos los presidentes que, desde la independencia, han ido sucediéndose al frente del Estado. Nada es frontal. Todo es progresivo, insidioso, oscuro. «Normal», como dicen los argelinos ante el drama que los persigue y los precede.

No te quiebran de golpe. Te van acostumbrando. Te enseñan a esperar. A pedir. A mendigar. A dar las gracias. A mostrarte agradecido. Te enseñan sobre todo a no nombrar las cosas. Nombrar es un acto sedicioso. Nombrar es romper la magia de la sumisión voluntaria, que tranquiliza y consuela. Nombrar es resquebrajar el relato. Nombrar es empezar a ver. A actuar. A vivir.

De modo que aprendes a estarte callado. O a hablar de otra manera. Con alusiones. Con rodeos. Con

silencios. Con ese humor en clave en el que los argelinos son expertos. Te vuelves prudente. Después, desconfiado. Después, ajeno a ti mismo. Y un día, sin saber exactamente cuándo sucedió, descubres que vives en un mundo al revés: un mundo donde la verdad incomoda, donde la justicia inquieta, donde la libertad da miedo. Un mundo en el que te explican, con absoluta seriedad, que todo eso es normal. El mundo de Orwell y de Abistán. En ese mundo, en ese país de los milagros, es donde empieza mi historia. O quizá donde termina.

Ya no lo sé muy bien.

El día D de la premonición y de la caída

«Boualem, ten cuidado… ¡ten cuidado!».

Típico de él, de Jean-Paul Scarpitta, el «hombre ópera», muy conocido, un amigo querido, no obstante, que cultiva la inquietud y el alarmismo y que, por principios religiosos o por otras razones, ve peligros por todas partes, incluso donde no vienen a cuento.

Sin volver la cabeza, bajé a toda prisa las escaleras de la estación de metro de Saint-Germain-des-Prés. Justo cuando desaparecía hacia el andén, gritó con voz desgarrada: «No te vayas, Boualem… ¡Por favor, quédate!».

Se me erizó la piel. Había en su voz algo profético, casi apocalíptico. Durante todo el trayecto hasta la Gare du Nord y, desde allí, en el cercanías RER B hasta el aeropuerto de Roissy-Charles de Gaulle, donde me esperaba un vuelo de Air France con destino a Argel, me sentí raro. «¡Hay que ver! ¡El muy imbécil…! ¡Me ha metido el miedo en el cuerpo!».

En Roissy volví a esa sensación de euforia y de inquietud de los aeropuertos internacionales. Folclore y bullicio, avanzar despacio y mostradores cerrados. Ráfagas de recordatorios de seguridad. Salidas sin adiós. Si hay enemigos, están entre nosotros, invisibles como nosotros, intranquilos como nosotros.

Regresaba a Argel después de una mirífica gira por Francia para promocionar mi última obra: *Le français, parlons-en!*[1] Una lengua de las más extrañas, bastante mal conocida hasta por los propios franceses, convertida en extranjera en el propio país y que ya solo aprenden los recién llegados y unos pocos trashumantes internacionales que aún toman esa vía en desuso para buscarse el porvenir en otra parte, en la tierra de las sirenas y las pavas.

Pero mi camino de vuelta al redil iba a tomar un rumbo totalmente diferente. Nunca se reconocen a tiempo las señales del destino. Tenía la cabeza llena de preocupaciones. Había dejado a mi mujer en Francia, en el hospital Simone Weil de Eaubonne, en el

departamento de Valle del Oise, en la región de Isla de Francia, donde estaba pasando varias revisiones. Un año antes, la habían operado allí mismo de un cáncer de garganta. Se había quedado cansada, preocupada. Parecía que algo se temía, una mala noticia, una recaída, un cambio brusco inminente. Me miraba como si fuera a perderme.

Al igual que a nuestro amigo Jean-Paul, una voz sombría parecía enviarle avisos, sin conseguir darles forma. Me encontraba rodeado de videntes que lo veían todo sin poder decir qué era. Yo no veía nada, no oía nada y llamaba a todo aquello, sin más, por su nombre: tontería y superstición.

Esa conmoción implacable es lo que voy a contar. Y voy a decir también lo que he aprendido de todo ello, por mí, por mi Naziha, por vosotros, queridos amigos, por vuestras familias, por Francia, por quienes la aman y la defienden, abrumados todos por el cansancio, el miedo y la desilusión, y por este mundo que ya no soporta más las guerras ni las amenazas que las preceden y las siguen.

Tiempo 1. El exergo

«Abandona tu tierra, tu familia y la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré» (Génesis 12,1).

Judíos, cristianos y musulmanes conocen esa orden divina y la reconocen sin haber tenido que entenderse para darle el mismo significado —y, sobre todo, sin haber tenido que entrar en guerra para lograrlo—. La llamada era trascendente. No le ha salido ni una sola arruga.

Yo la interpreté primero como una consigna de marcha: una invitación a abandonar la comodidad, a desplazar la mirada, a ir hacia lo desconocido, allí donde nadie te protege —los profetas no tienen penates en ninguna parte; la persecución es el precio de la profecía.

Después la entendí de otra manera: no es Abraham quien camina, es la propia frase, y él no hizo sino seguirla. Atraviesa los siglos y los milenios como una corriente subterránea. Corta los lazos, desgarra las evidencias, rompe los hilos de la costumbre. Ordena marcharse, sin dar explicaciones. Pero ¿a quién se dirige exactamente?

No me gustan las órdenes. Sin embargo, esta la obedecí sin saberlo.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Qué crimen he cometido? La cárcel, a mi edad, por nada, y tanta maldad por añadidura: ¿era necesario?

Viví ese mismo momento en tres ocasiones: en el impacto de la detención, en la sucesión gris de los días de reclusión y hasta en el momento de la liberación, cuando comprendí que la libertad no es ese estado

de reposo y esplendor que creemos que es, sino una prueba de otro tipo, un paso en el que puede uno caer de otro modo.

En esos momentos, veía —no una visión mística, sino como un recuerdo colectivo pegado a la retina— a Jesús en la cruz, interpelando a Dios con voz apagada, sin ira ni pesar: «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

Después murió, después resucitó, después creó —dicen— un mundo nuevo: el del dolor aceptado, asumido, llevado por la cristiandad como una carga honorífica, como una identidad. Y también como una esperanza para la humanidad, una esperanza encerrada en esta otra frase, más sublime que ninguna otra: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

Nunca he sabido dónde acaba la fe y dónde empieza la literatura, ni qué pintan la razón y la obstinación entre una y otra. Quizá la literatura es eso: una forma de hacer soportables frases demasiado grandes para nuestro entendimiento, destinos demasiado pesados para nuestros hombros.

Escribo aquí como se camina por un desierto: sin mapa, con dos voces en mí que se confunden y se vigilan. No estoy frente a mí mismo, estoy en medio de mí, en un lugar donde no se sabe quién habla: si el escritor público o el hombre privado. Necesitaba,

sin embargo, de mí todo entero para seguir el camino correcto, acaso salvador, pero no tenía —y sigo sin tenerlo— modo alguno de comprobarlo.

Distinguimos mal la frontera, ya no sabemos si estamos a un lado o al otro de la linde. Interrogación en este, interrogatorio en el otro. Y a veces lo contrario, sin previo aviso. La trampa está en todas partes y en ninguna, y la prisión es inevitable.

No hay que olvidar estas cosas: el bien y el mal se inventan mutuamente y se pierden juntos; no queda más remedio que aceptar la dualidad del mundo y comprender que entre las dos partes actúa una tercera instancia, invisible, que mantiene ambos polos en la misma intrincación.

El lector —ya puedo oírlo— conoce la historia, ha leído gran cantidad de artículos, ha visto imágenes, ha oído comentarios, ha firmado peticiones y ha participado en manifestaciones. No está aquí para estudiar los hechos como se estudia una cronología. También él es parte interesada en este asunto. Toda Francia se ha visto, en cierto modo, atrapada como rehén de Tebboune, de su policía secreta, de sus diplomáticos. El asunto es, por consiguiente, suyo, ha tocado la fibra más sensible, los fundamentos, el honor del país, su integridad y la idea fundacional que tiene de sí mismo.